

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo *Juan González Arintero* por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese *conocido, amado, imitado y ofrecido* tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca
E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

- A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (10 €, más gastos de envío).
A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (35 €, más gastos de envío).
M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (3 €, más gastos de envío)

Están disponibles estampas y devocionarios del *Amor Misericordioso* y de *María Mediadora*.

P. Juan G. Arintero, O.P.

–*Apóstol del Amor Misericordioso*–

Boletín Informativo

Año VII –nº 20–Mayo-Agosto 2012

Causa de Canonización

Promotor: *Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.*

«*Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen*» (P. Arintero).

EDITORIAL

Arintero y el Rosario (I)

Entre los pocos sermones que se conservan del P. Arintero, varios están dedicados al tema del Rosario. Es el caso por ejemplo del que predicó el 29 de septiembre de 1883, primer día de la novena de la virgen del Rosario, en la iglesia de San Esteban de Salamanca. Ese mismo día por la mañana había cantado su primera misa en la iglesia de las monjas dominicas de la misma ciudad.

En ese sermón, después de describir los males de su tiempo y de achacarlos a la falta de fe, y de recordar lo fácil que resulta perder la fe, y lo difícil que es volver a recuperarla, Arintero insiste en la importancia de avivarla para que no se pierda. Pues, cuando falta la fe es irremediable dejarse vencer por la seducción del mal; en cambio, cuando se posee una fe viva resulta más fácil y, hasta deleitable, practicar el bien.

En el mencionado sermón Arintero sostiene que el medio más fácil y oportuno que tenemos a nuestro alcance para conservar viva nuestra fe consiste en el rezo de Rosario. Pues, la fe, como virtud, se conserva *repitiendo sus actos*; y como don, se conserva y aviva *pidiéndoselo a Dios*. Ambas acciones se contienen en el rezo del Rosario. Esta oración es el «compendio sublime de los altos misterios»; es la grandiosa y divina epopeya de nuestra religión, que tiene como héroe al Verbo de Dios encarnado.

El sermón del 2 de octubre de ese mismo año se centra en el hecho de que el Rosario alcanza la conversión de los pecadores. Está encabezado por las palabras de la carta de Santiago que dicen: «Orad unos por otros para que os salvéis, porque mucho vale la oración

frecuente del justo» (5, 16). En este sermón trata de probar que cuando alguien está obstinado en el mal camino, es imposible que se convierta si Dios no le cambia el corazón. Pues bien –afirma el P. Arintero–, «el santo Rosario es eficazísimo para alcanzar de Dios esta admirable gracia».

La conversión de una persona es una de las obras más excelentes. Así lo proclama la Sagrada Escritura. El Pseudo Dionisio decía que «de todas las cosas divinas, la más divina es cooperar con Dios en la conversión de los pecadores». Los profetas del Antiguo Testamento no hacían más que suplicar a Dios por la salvación del mundo, y clamar al mundo con fuego impetuoso para que abandonase sus caminos perversos. El mismo Hijo de Dios descendió del cielo con el fin de conseguir este mismo objetivo: la conversión de todos a Dios. Lo que nos da a entender que no hay cosa más divina que procurar la conversión de los pecadores.

Jesucristo es el modelo de toda la humanidad. Quien imite más a Jesús es la persona más perfecta, más sublime. «¿Y a qué vino Jesús al mundo y qué es lo que hizo en él –se pregunta Arintero– sino reconciliar con el Padre a los pecadores?» Luego no hay nadie más semejante a Jesús que quien continuamente trabaje por la conversión de los pecadores. «Persuadidos de esta verdad los Apóstoles, los Santos Padres y en una palabra todos los buenos cristianos, trabajaron con un celo increíble por que todo el mundo llegase a conocer y a servir a su Dios y Señor. ¿Qué no hicieron a este fin los santos Apóstoles, que con mil trabajos y entre infinitos peligros caminaron por todo el mundo anunciando a todos los mortales la venida del Salvador hasta haber sellado con su sangre tan heroico testimonio? [...] ¿Qué no hicieron, en fin, tantos misioneros como en todas las edades y en estos tiempos mismos caminaron a los países más remotos a desterrar las infernales tinieblas en que aquellos infelices hombres estaban sepultados, sin esperar de sus trabajos ninguna otra recompensa que persecuciones, cárceles y los atrocísimos tormentos en que los hacen morir los bárbaros infieles?»

Si Jesucristo –continúa diciendo el P. Arintero– se deshacía en deseos de convertir a los pecadores, lo que más ennoblece a sus discípulos es trabajar sin descanso en esta misma tarea. Sin la labor de aquellos que han colaborado en nuestra conversión, andaríamos todavía

en tinieblas de muerte. Por eso también nosotros hemos de socorrer a nuestros prójimos.

«¿Me diréis, por ventura –pregunta retóricamente al auditorio el P. Arintero–, que ese es oficio de los Predicadores? ¿Y por qué no ha ser de todos los cristianos? ¿Podrá estar en vosotros el amor de Dios si veis con indiferencia que los hombres le ofenden? [...] ¿Pero, cómo, me diréis, cómo podremos remediar ese mal nosotros? Pues bien, amados míos, hay un remedio sumamente fácil y muy eficaz para conseguirlo. Y este medio es el santo Rosario».

Según el P. Arintero el Rosario fue instituido precisamente para obtener la conversión de los pecadores. Y llega a decirles a los que le están escuchando: «Si rezáis devotamente el Santo Rosario, haréis más conversiones con él que si estuvierais toda la vida predicando. ¿Creéis acaso que el principal fruto que producen los sermones proviene de la virtud que tienen para ello? No, amados míos, no proviene de que el Predicador u otros lo pidan a Dios, es porque hay alguno que reza devotamente el santo Rosario a fin de que el sermón sea fructuoso».

El P. Arintero ilustra esta idea con una anécdota: «Se cuenta de un gran predicador, que en sus sermones obraba portentos, le vino algo de vanidad, pareciéndole que provenían de lo bien compuestos que estaban, pues, lo estaban en realidad, y el Señor, queriendo librarle de aquel engaño, le dio a conocer que no él sino un hermano que le iba a acompañar y rezaba con devoción el Rosario durante el sermón, era quien obraba aquellos portentos y el que por ellos había de ser premiado».

El Rosario está formado de las oraciones más sublimes. En primer lugar, del *Padrenuestro*, que es la oración por excelencia, salida de los labios mismos del Salvador. En segundo lugar, del *Avemaría*, cuya primera parte está compuesta con las palabras del Ángel de la Anunciación; a la que le siguen las palabras del concilio de Éfeso. En tercer lugar, de la breve y preciosa oración del *Gloria al Padre*, que está continuamente sonando en la Iglesia. Y, finalmente, de la meditación de los sublimes misterios, que es lo más importante.

Dado que el Rosario está tejido con las mismas palabras de Jesús, nos inspira una gran confianza en que el Padre no dejará de concedernos lo que a través de esta oración le pedimos, sobre todo cuando le suplicamos por la conversión de todos. «¿Qué cosa habrá –se

pregunta el P. Arintero– que no alcance del Padre esta confianza que tanto le agrada?»